



POEMAS

“ Siempre entrenando
de manera
gradual,
alegresante,
felizmente,
relajada,
no empujes,
suavemente.”



Queche Kelsay Gyalsa



Suerte

Michael Hernández Bolívar

Egresado del programa de Psicología

Sepa usted, señorita, que su encalle en mi puerto ha significado la bienaventuranza de mi evangelio.

Traslúcido y sin fuerzas, la vida era más suerte que ganas hasta que la armonía de sus pasos empezó a agitarse con fuerza en las compuertas de mi bunker.

Cada día y a medida que me sosiego en ti.

Observo cómo el atardecer de tus labios me consuela como el agua fría que baja acaloradamente de la sierra. Me he desatado una fiebre que me recuerda a los azulones cuando se levantan en lo más alto de los bosques, siempre queriendo llegar a que me des todo de ti. Estamos coincidiendo en una infinidad de circunstancias que la vida ha sabido preparar.

Ahora, adornas con tu luz las viejas puertas de este velero que ha resistido como ha podido el agite de noches de alta mar.

Y mientras eso ocurre, en paralelo florecen brotes de ramas que se entrelazan en el campo.

Desde mi ventana, puedo sentir cómo has logrado crear vida cuando no había nada. La bonanza de mis deseos sube como polen en el roce de tus manos con las mías.

Te he visto de pocos modos posibles, y eso me lleva a hipotecar mi pragmatismo a la merced de rastrear en cada una de las habitaciones de tu ser.

Aún te desconozco, pero quiero de ti. Eres esa sinfonía que desconozco en su estilo pero que me resulta inquietante escuchar, como un tucán en una playa, como tus besos que se amontonan en mi espalda, sigamos aquí.

Es mi dicha tenerte y mi aventura conocerte. 🏠

Arte

Michael Hernández Bolívar

Egresado del programa de Psicología



En una mano un pincel
en la siguiente, tu rostro
y de compañía tu sonrisa que soborna
mi indecencia.
Es inevitable no desprenderme en
obscenidades
como cuando un rayo cargado de vida
llega a la oscuridad de tu cuerpo
y el zumbar de tu sensualidad, a
tu modo.
Intento evitarme porque me
(des)conozco cuando cruzo la frontera
de lo explícito
pero escucho los sollozos deseos de
tus silencios
gritándome lento en los besos que
reclaman posesión.
Tu furor me consume sin aún tocarme.

esa virginidad en tu inexperiencia es
similar a una espada de dos filos
rasgándome por las noches tan hondo
partiendo en dos mis deseos por
enseñarte lo que he aprendido en
el mundo.
No me preocupa que me tomes por
inescrupuloso y todos sus derivados.
En mi defensa, solo he de decir que
llegaste a dinamitar mis fuerzas
al punto que ahora quiero que seamos
combustión.
No podre vaticinar el futuro por más
que el ímpetu por controlarlo me lo
reclame
pero no por ello me abstendré de
desentenderme de la fricción que me
genera tu ley.

Sigo pensando en las facetas de tu rostro
 cuando jubilada de placer el mapa de tus
 poros se encumbren a su máximo ardor
 como la puesta del sol, magnífica en
 la suavidad de tu piel recostada a mi
 pecho.

Impaciente por el recorrer de la
 cartografía de tus lunares

por descubrir el relieve de tus muslos

los bordes de mis labios desean tirar
 fuerte de tus extremos invadiéndome
 de ti.

De tu piel, de tus cabellos, de tus respiros

del recelo de tus sombras y de la
 orquídea de tu boca llena de decencia

en la curva de tus cejas y el sigilo de tus
 ojos.

Apretar tu cintura tan fuerte hasta que
 sientas que el alma se te desgarrar

mientras que en tus caderas se brotan
 los colores que necesitas para profesar

la idea del deseo entre dos personas que
 apenas se conocen

destinadas a ser eternidad o fugacidad
 en un capricho de la divina providencia.

Sin embargo,

lo que más me aniquila a desligarme
 en metáforas

es la necesidad por condenar ese hito de
 misterio que emanar automáticamente

y sarcásticamente es lo que me lleva a
 no terminar aquí,

sino en brindar por seguir formando
 el puzzle

que me encaje a ti, y me dibujes en
 tu arte.

La pintura se seca,

el aire está a punto de dictaminar
 su veredicto

el resultado es la luz de tu acuarela
 añadida a la mía. 🎨

No viviré entre jaulas



Carmen Lorena Romero Segrera

Estudiante del programa de Psicología



Ilustración aportada por la autora

Me niego a creer que esto es todo,
no viviré entre jaulas, sangre y balas,
esperando que alguien más decida por mí,
alzaré fuerte mi voz y sepa usted que no
estoy sola.

Los hijos de la tierra, la prole, "los que
sobran"

abrimos bien los ojos al nacer y nos los
llenaron de polvo,

pero hoy, por la sangre y lágrimas de
nuestra gente, ese polvo se esfumó

¿qué va a hacer ahora? Va a negarnos
que, además de robar, nos están
matando,

que le es sencillo hacerse el ciego, que
evade su responsabilidad y se justifica.

La patria boba despertó y la resonancia
de las balas ya no le permite dormir,

del insomnio, brotaron ideales, fuertes
convicciones de lucha y lazos que,
aunque por mucho tiempo usted
rompió con órdenes absurdas, cada día
se fortalecen más.

Para su infortunio, y el bien de todo un
país que clama libertad, se encendió
fuerte la llama,

y esa llama no se apaga porque está
hambrienta de justicia y dignidad. 🇵🇷

¡Enamorada de ti!



Ilustración aportada por la autora



Celina Henríquez Balaguer

Estudiante del programa de Ingeniería Ambiental y Sanitaria

¡Bella Bella Bella!

Tus bellos ajuares son lo más hermoso, en especial cuando vistes con la elegancia del amarillo roble, cañahuate, tipa y guamacho, das a mi vista gran júbilo y mucho gozo.

El día que te vi cual doncella esperando a su enamorado el dorado sol

Tú vestida y engalanada con trajes de terciopelo dorado suave cual gamuza para coincidir con él en su color

Y la luna llena de celos asomada de vez en cuando, levantando un pedacito de cielo para husmear tu belleza y tu esplendor, confirmando de esta forma por qué todo aquel que te visita queda encantado con tus suaves y a la vez pronunciadas curvas, cual cima inalcanzable para cualquier mortal soñador.

Y tus pies descalzos cual diosa nativa bañados en agua de mar, rodeados de conchas y corales, quienes te acompañan

en tu baño caribeño regazo manso de ti siempre compañero.

Cuando vistes de blanco plumería obtusa cual novia camino al altar, eres tan bella con tu velo tejido de pequeñas flores de campanitas lila, blanca y azul que decoran tu suelo al pasar cual obra de arte hecha por madres indígenas cuidando siempre de ti, la más hermosa flor del lugar.

Mi amada, eres tal como se produce la perla con el sacrificio de su progenitora, pero al final la más bella, única y preciosa joya de mi querida América la encantadora.

Con la belleza esplendorosa del bosque seco tropical y tu delicioso aroma a flor de Guamacho que a mi bella Aracataca me hace recordar.

Y a mi bello Caribe, que su gran protector el Jaguar Pantera Onca te siga cuidando y recorriendo por toda la infinidad y que nada nunca logre borrar de tu faz su sigiloso andar. 🏠

Cantos de dolor y de muerte

A mi tío Chobe

Luis Carlos Ramírez

*Estudiante del programa de Historia y
Patrimonio*



Revolotean sobre la bruma de las horas
los cantos, perfumes, maldiciones,
copos de luz. Flores ya marchitas.
Tarareo un recuerdo, muchos recuerdos,
aguardando la hora exacta de la
despedida.

Yace... mas no en su lecho,
sin sombra ya, ni fuego en sus huesos.
Un largo y estrecho muro le separa
del mundo:
Ese muro lo hice con las tablas de un
viejo vapor incinerado
que surcaba el Magdalena,
y con las chimeneas
una serie de tambores, en el patio, para
embruja las nubes.
Ese mismo patio de sus primeras
pilatunas:
bocados de dicha contando estrellas
entre los árboles,
carcajadas multicolores, fantasmas en
duermevela,

la música de los candiles crepitando en
el oratorio,
canciones de amor y una antigua ora-
ción recobrada,
el álgebra de un dios taciturno deshecho
en arreboles.

La tarde se vuelve un potrero encendi-
do, al oír su nombre:
el sordo rumor estremece los quicios y
revienta ventanas.

La muerte
ha hilado en sus sienes una herida de
bala.

II

En su habitación, la matrona ora y canta
aceitando los engranajes de su tristeza.
Mientras... su nieto desdibuja
en la tenue línea de sus temores más
íntimos,
el naufragio de su ser
en las oscurísimas aguas de la demencia.

El pueblo, todo,
se ha ido llenando de su pena
este último de los amaneceres a su lado.

Descansa su pálida materia
en el austero ataúd de cedro calcinado,
nada conserva ya de su impetuoso
semblante
la inerme armazón de su cuerpo:
ni el pesado lastre de los sueños
abortados,
ni la mansedumbre de los atardeceres
ribereños,
ni los amaneceres efervescentes junto a
su esposa adorada,
ni la mugrienta costra de las culpas
juveniles no expiadas,
ni la herencia milenaria de sus ancestros
trashumantes,
ni la instantánea macabra, en las pupilas
de su asesino, al apretar el gatillo.

Sobre los murmullos, en los oscuros
pasillos,
cantos y oraciones acompañan la amar-
gura del amanecer.
En la sala contigua, su hija insomne
batalla con polvos, aceites y mimos
perfumados
su mustia piel a las sombras de la muerte.

III

Chocan tus prendas sobre las losas del
piso,
con un suave chirrido se acomodan los
muebles:
todo está preparado ya, para el ritual
tenebroso.

Silencio.

Al fondo del zaguán de los días,
sobre la parafernalia grotesca del
embalsamador,
escruta el ojo reventado de un dios
agonizante
multiplicando hasta el infinito cuanto
soy, seré y he sido.
De mis antepasados, conquistadores
solitarios de la Vía Láctea,
a los pocos sobrevivientes del caos
atómico de un futuro cercano:
Un viejo pescador de sueños en la ciéna-
ga de La Virgen,
un tamborero en el oráculo del País de
Pocabuy.
Un bailarín al borde del suicidio en las
estepas siberianas,
un hábil contrabandista de acordeones
en la alta Guajira.
Un recolector de dátiles en los jardines
colgantes de Babilonia,
un vaquero cantor que solo existe en un
porro de José Barros.
Latonero, Ordeñador, Neurocirujano,
Pintor, Banderillero,
Astronauta, Embolador, Gaitero, Presti-
digitador,
Domador de caballos, Malabarista,
Sparring resignado de Pambelé.
Un sacerdote descreído huyendo de
Torquemada,
un prestamista honrado, portero de un
burdel en Ámsterdam.
Un general de siete soles sin una batalla
ganada,
un príncipe de las sábanas inmensas
bañadas por el Congo.
Un universo compactado en las pupilas
sangrantes de ese dios moribundo,
un ángel entristecido

viendo en aquel espejo roto todos sus
miedos, todos sus años.

IV

Vine a hablarte del miedo
y traigo una ofrenda de mar en mis ojos.

Voy

tras la voz que enciende tu nombre en la
noche,
hasta el dulce altar de los ancestros al
que recién has ingresado.

Aquí te espero: Sonámbulo, ebrio, ateri-
do... dislocado.

Clavo en el traspatio
la bandera aromada de mis angustias,
sacudo en tu rostro violentado
el polvo de otras calles, la sal de otros
puertos.

Conjuro en el aquelarre
las voces conmovidas de mis abuelos
moriscos:
son las notas de sus cantos un tributo
sincopado
a la vida y a la muerte.

Te llevaré a hombros
hasta que el veredicto de los jueces se
cumpla
y se entone tu nombre con júbilo entre
los dioses.

Purifico mis alas de ángel entristecido
escuchando las estrellas que saltan sobre
el jardín de tu pecho,
la música de los helechos insomnes
alrededor del aljibe,

bajo la sombra del almendro azul, luna
violeta,
flameando libélulas en el bordillo de mi
hamaca multicolor.

Vienes solo, con tu silencio enrojecido,
entonando la canción aquella de los que
parten.

Una procesión camina, lenta, a
despedirte,
haciendo un rugido de mar el silencio
sin fin de tu sepulcro.

V

Volví a verte anoche,
manos cruzadas sobre el universo ama-
do de tu pecho,
caía de nuevo el verano en el patio de
nuestra casa.

Un fragante naranjo brotaba entre tus
dedos larguísimos
y el niño que me habita atrapaba el sol
en un cofrecito.

El verano tararea los compases de tu
nombre,
la verde recordación de nuestros años
de dicha,
la malparidez sin nombre de tus verdu-
gos intelectuales,
la cal de tus huesos respirando en un
laurel florecido.

No había nada
que no viniera de tus ojos:
el cielo perfumado de heliotropos,
la raíz oculta de los mafufales floridos,

las nubes que se van, tintinando en el
sardinell de la vida,
los senderos de sal que juntos
anduvimos y
donde un día coincidiremos de nuevo.

Todo es ya polvo entre nuestras manos,
el jardín de libélulas alfileradas en la
noche,
el vuelo de los pájaros que descubijan
el alba,

las paredes tornasoladas del baúl de
tus recuerdos,
el grito que, en el puerto, solitario,
conjura tu nombre,
la honda totuma donde empinábamós
la ventura.

En medio del patio tus huesos cantaban,
al salir del sueño:
“nada, nada llenará la falta de tu cora-
zón en el mío...” 📖